

Capítulo I de la novela

La seducción tiene poderes

de la escritora Odalys Leyva Rosabal

I

Siento un calor extraño en la cara, el corazón me galopa en el pecho: ¿me iré a morir? ¿Por qué estos mareos? Estoy recordando mi niñez, el primer novio del que huí constantemente; pero no sé por qué veo caballos que vuelan, mujeres que los pastorean montadas en una escoba, pirámides que se mueven de un lado a otro, y detrás de ellas las caras pintadas de hombres que no reconozco. Estoy segura de que me persiguen. ¿Y si son violadores o extraterrestres, que quieren llevarse a todas las mujeres a su galaxia? Las cortinas del cuarto se mueven, ondean como si el aire quisiera adueñarse de estas cuatro paredes. ¿Será por esa píldora que comencé a tomar? Aquí en mi cuarto soy feliz. Nadie sabe que a partir de esa puerta existe un túnel, que lleva a un gran Laberinto, desde el cual se accede a otro. La dueña del primer laberinto es una mujer; y del segundo, un hombre. La mujer ríe a carcajadas, le dicen “la feliz Ramera”, se llama María Magdalena. El hombre del segundo laberinto le da hospedaje a todo aquel que no tiene casa, con la única condición de que sea un ser humano lindo, de ese modo será querido por los demás habitantes del Laberinto. Él se llama Josué Cunningham.

No saben los que están afuera, en el mundo exterior, que por mi cuarto se penetra a las profundidades del Universo; que cuando me acuesto no me duermo porque salen los niños del Laberinto a pasear y llegan hasta aquí. Yo no les abro para que salgan a la calle, les permito caminar en mi cuarto: nunca me han roto nada, cuando amanece todo se encuentra en orden. Vienen para que sus padres puedan reír a carcajadas; ellos los sacan, porque es el horario donde el amor une a los dos laberintos, y todos se desnudan. Las mujeres bailan y los hombres les echan el champán encima.

Aquí en mi cuarto los niños juegan y se divierten con juguetes fabulosos; mi cuarto es azul, pero en la noche he visto que cambia de color y se pone rojo marrón. A veces siento la garganta reseca, y me falta un poco la respiración, luego me acostumbro y comienzo a respirar con más facilidad, hasta que me quedo dormida.

María Magdalena ha tocado a mi puerta, la que viene del interior del mundo, la del Laberinto, lugar de caprichos de pieles e ilusiones, sitio donde se aprende a descubrir los deseos del cuerpo. Me ha dicho:

—Yo gobierno allí y todos están radiantes; pero ayer una discusión acabó con la paz del hogar, estaban descontentos porque nuestro jardín era de raíces, y colgaban desde el techo en ramificaciones, decían que eso los hacía ver el mundo desde arriba, y que los bulbos se torcían con el ímpetu de girar y salir nuevamente, ellos no podían organizar el patio, eran impredecibles las plantas.

Con sus gestos, María Magdalena trataba de demostrarme el giro de las raíces, y continuó diciendo:

—Ayer, cuando Merilde y Trodisseo hacían el amor, ella le dijo: “Goces de ángeles y demonios, fuego nocturnal, en ti nace el colofón de hacer de las ganas un laberinto de

lunas donde la claridad alumbra mis muslos.” Él perdió la virilidad, su falo erecto desplomó sus emociones porque en el Laberinto la luz de los astros no existe, y las mujeres siempre se encaprichan en lo más difícil... Acudo a ti para pedirte que me ayudes, tú tienes la solución en tus manos, conoces nuestros secretos y no se lo has comunicado a nadie, por eso vivimos felices, sin que nadie intente destruir nuestra morada de placer. Los hombres y mujeres gozan sin perjuicio, y todo aquel que penetra en el Laberinto encuentra su íntimo deleite, nadie siente vergüenza, en el umbral desaparecen los inicuos sentimientos, el alma se despeja y los seres humanos entran en concentración, luego les enseño a palpar la piel, y a usar las manos, y a escuchar música, les pongo *Las Cuatro estaciones* de Vivaldi, el primer paso es el ardid de los masajes, comienza el regodeo y luego les enseño el arte de las palabras, la modulación cuidadosa y el acercamiento progresivo a los oídos del que escucha; y los hombres y mujeres se retuercen cuando las manos suaves comienzan a untarles el aceite, y los poros se abren y la piel se eriza, y el masajista se suelta y abraza al otro, y las ropas desaparecen, pero solamente en el punto preciso: en el Laberinto se enseña la contención.

Lo que María Magdalena me contaba era para mí como una clase de inicios al sexo; pero no le di crédito y continué seria, escuchando:

—Cuando la piel aguanta sus impulsos, se carga de acciones positivas, va mejorando el esplendor y cuando se sueltan las aves del pensamiento, ese es el punto donde la seducción comienza. Desde allí se aprende a colonizar el amor. Los seres humanos que no conozcan los pasos de la magia nunca serán amados para siempre. Allí escondo mil poderes.

Me lo decía demostrando seguridad y ardid de sabiduría; entonces le pregunté:

—¿Y cómo podré yo ayudarles? No pienso nunca bajar a sus dominios. Me basta con encubrir su hogar, escondite de los que viven, crecen y trabajan en el exterior.

—Es simple, querida Maura, necesito que le hagas al techo de tu casa un orificio en círculo y le pongas un cristal, para que la luz de los astros penetre a tu cuarto, luego el mismo procedimiento en el piso. Aquí en este mismo sitio queda lo que llamamos alcoba real, así mi gente dejara de ver la luz como algo distante y penetrará con suerte en el Laberinto y el sexo será más placentero.

Ella caminaba de un lado a otro, detallándose con sus gestos la obra a construir, pero le respondí:

—Eso no puede ser, imagínate que yo tendría que vivir, aunque no lo desee, pendiente de sus vidas, y aunque no los escuche los podré ver y entonces este cuarto se me hará más pequeño, y yo necesito dedicar tiempo a la pintura, quiero hacer una exposición de santas. Me gustan los cuadros de Murillo: *Santas Justa y Rufina*, y *Santa Rosa de Lima*. Me maravilla la ternura con que Rosa carga al niño. Cuadros llenos de candidez. Dentro de mis proyectos está imitar el *San Joaquín y Santa Ana* de Francisco Pacheco, y al lienzo *Santa Apolonia* de Francisco de Zurbarán, que está basado en la historia de esta mártir cristiana que, al ser condenada a la hoguera, se arrojó ella misma al fuego. Pertenece a una serie de cuadros sobre santos, que destacan por el tratamiento de las telas y por la minuciosidad en los detalles. ¡Esa historia me fascina! Entonces yo no tendré intimidad en mi casa, ustedes llevan una vida muy liberal y nada tiene que ver

con mi modo de observar la vida, la religión y las normas éticas. Me pueden perjudicar con lo que para ustedes es lo bueno.

Ella puso cara de tristeza, por momentos pensé que comenzaría a llorar y traté de demostrarle mis razones, entonces ella casi con súplicas me dijo:

—No es así, porque nosotros no te veremos, sólo necesitamos de la luz; podremos sembrar algunas matas para hacer más agradable el Laberinto del succulento apego. A mis dominios hasta el momento los que han entrado no han querido salir. Aún cuando les he dicho que ya tienen la fórmula del placer: el poder de la sensualidad. Claro, tampoco es tan fácil, para serte sincera, todo aquel que se decide a vivir en el Laberinto, tiene que jurar que no se marchará nunca, y si lo intenta entonces podremos tomar medidas drásticas con él, por una cuestión de seguridad.

—¡Eso no puede ser!, significa estar presos —le dije con picardía, como demostrando que era yo quien estaba en lo real, y ella con firmeza me reclamó:

—Sucedé que nunca se ha dado la situación, todos están felices. Lo único que ahora solicitan es que tú los ayudes; para ti será muy fácil.

—Después querrán otra cosa y yo no puedo encargarme de los caprichos de los demás; bastante tengo con encargarme del suministro de su comida y necesidades. Alguien puede descubrir que yo sola no puedo tejer tantas carteras y sombreros, y averiguar quiénes son los verdaderos artesanos. La suerte es que las compran al momento y el dinero alcanza para todos los gastos de ustedes.

—Ellos me dijeron que tú no te ibas a negar, que como nadie conocías la importancia de la luz, que eres artista, y observas en cada paisaje que pintas un camino de luz.

Me quedé sin respuestas, creí que era inhumano privar a alguien de la luminiscencia, aún cuando ese alguien se haya apartado del mundo por su propia voluntad, adentrándose por las paredes o puertas ocultas que sólo se abren para los que se ganan la suerte o los más necesitados del conocimiento que allí se ofrece; aquellos que con la piel fría caminan por el Universo sin saber amar o que los amen, aquellos que no tienen un ideal de belleza y no saben definir lo que es un ser humano lindo.

Existen paredes de piedras, detrás algunas mujeres sufren de anorgasmia y lloran en las noches, sin conocer que existe un lugar universal donde se le puede enseñar a los hombres a que amen a sus mujeres, sepan controlar la psiquis y hundirse y salir antes que el río desemboque en el mar; un sitio donde una dama puede brindarle señales, augurios y teoremas a un hombre para que se sienta un caballero. Este sitio es el Laberinto.

Le respondí a María Magdalena que estaba de acuerdo, que al día siguiente comenzaría el trabajo, aún con las vicisitudes que implica hacer un trabajo de construcción. María Magdalena se marchó llena de júbilo. Yo intenté dormir, tomé mi píldora y cuando recosté la cabeza a la almohada, vi en el techo varios ojos que me miraban, eran como un juego de bolas que se movían de un lado a otro. Cambié la vista hacia las paredes, y vi un hombre apuesto, fuerte, que me miraba y sonreía, extendía las manos y me mostraba los dedos, tomaba aceite de un ánfora y lo pasaba por sus brazos, luego dejaba caer la cabeza hacia atrás y estiraba sus piernas, se incorporaba y me

miraba. Mi vestido blanco, de seda, se movía con el aire. Él se puso de pie frente a mí, me miró minuciosamente, tomó un pincel de los míos, y se colocó al frente de la tela nivea: mi rostro fue apareciendo lentamente, él se lavó las manos y en la luz tenue de la noche se me fue escapando.

Desperté en la mañana, mi retrato estaba colgado en la pared, en la misma donde vi al hombre fuerte, de cabellos claros, de ojos mezclados con el mar, el río y partículas de piedra. Él no estaba allí. Deseé más que nunca que llegara la noche para tomarme la píldora, dormirme y ver nuevamente su imagen. En la ciudad nada me llamó la atención, fui a la galería Ryndall y aseguré a su dueño, el señor Mederos, que terminaría mi trabajo para la exposición, que no se preocupara, que mis óleos de vírgenes muy pronto estarían colgados en sus cuadros. Al salir me vi con Herminio, mi exnovio; le conté que utilizaría en mis pinturas colores tenues, jugando siempre con las luces, como Jean Bouquet. Me pidió que saliéramos esa noche a ver un concierto de la orquesta de guitarras y violines. Le contesté que necesitaba estudiar mis bocetos, y para ello precisaba tiempo de reflexión, porque este trabajo era para mí un nuevo intento de recrear los dolores existenciales de los hombres, el sufrimiento de las mujeres que han tenido que sacrificar su vida por un ideal de puritanismo.

Se despidió de mí con pocas ganas, mas yo ardía en deseos de regresar a mi cuarto, al palacio de espejismos, delirios que como pecado purgaban en mi vida. Esos cuadros de mis manos demostrarán la súplica de una mujer virgen, las soledades de la piel, la abstinencia por no ser una dama corriente que va a la cama con todos sus novios, o con los que van apareciendo a medida que pasan los años y una ahí, aguantándose porque Dios sólo bendice a los matrimonios que se unen y ve la fornicación como falsa teoría de que las pieles gozan, sin títulos de propiedad. Yo no tengo apuro, es mejor aguantar que ser la puta del barrio, y allí en los aceites poéticos, verteré colores tenues donde el azul, el rosa y el blanco fundan los desvelos.

Cada noche diré mi Padre Nuestro, para dormirme rápido y que esas visiones se marchen pronto y no vivir con la duda, visiones que me persiguen, cuando veo águilas, halcones, montes que se pierden en lo alto, atraviesan el techo de mi casa hasta la cima, y a mí no me preocupa porque soy testigo de las bifurcaciones de los seres humanos, vivo y revivo entre dos mundos, dos universos de tentación, más el mío, este de mi cuarto a través de las sombras del yo, de mi manera de reír y llorar, de ser tonta, porque los artistas somos egoístas, celosos, mentirosos y blasfemadores como si los demás no lo percibieran, pero además somos atrevidos y pintamos a quien nos viene en ganas; las oficialidades alaban a los creadores, aunque nos miran en ocasiones con la cara de que prefieren ahorcarnos, porque esta ciudad es única. Mayatula tiene su historia, su identidad y los pintores vivimos recreando paisajes europeos, como si no tuviéramos nuestros propios paisajes.

Dormir es un lujo, es el modo de durar más años o de vivir más, aunque los tontos digan que quien duerme mucho vive menos: cada tiempo tiene su utilidad y el que se desgasta en fiestas, alcohol y cigarro, ese es el que dura menos, no yo, que duermo como la virgen que soy. Aunque a decir verdad, vivo desvelada, con ensoñaciones y quimeras, tengo que reprender las imperfecciones, para poder lograr los cuadros que deseo para mí

exposición, con vírgenes de bocas tristes, que por nada se pondrían en los labios un color rojo, lucirán siempre claras, doncellas que abrazan a los impúberes y les dicen: “Soy tu madre, mis pechos no serán devorados por las ganas de los hombres, ¿quieres probar mi alimento materno?”; y ellos, como efebos lúcidos, ansiosos de conocer la realidad, se prenderán en el mismo lugar donde después lo harán los hombres, porque el camino será más fácil de recorrer, y la piel no tocada es una defensa; pero luego de que los dedos recurran, las vírgenes llamarán a los adolescentes otra vez y entrarán en el destino de las mujeres, el que conoció Eva y luego todas las nacidas en la tierra y cumplidoras de la ley natural de Dios. Gritarán que tienen que unirse a un hombre porque él brindó su costilla para que naciera una mujer bien formada y, por lo tanto, beso se paga con beso. Y como mayor razón, no tendrá que lanzarse al fuego como Santa Apolonia, pues tendrá un hombre que la abraza en los días fríos de invierno, y en los meses cálidos abanicará su cara, para que las gotas de sudor no afeen la obra de arte.

Cerré los ojos y vi muchos niños que cantaban y aplaudían; a pesar del bullicio poco a poco me fui quedando dormida y vi cómo se marchaban al Laberinto. Yo perdía referencias, pero esos minutos se volvían interminables y el hombre no se presentaba en la pared con sus músculos majestuosos, ni pude ver sus ojos, ni el movimiento de sus manos, el ánfora tampoco estaba allí, ni el aceite brillante que transmitía un olor aromático, balsámico en el cuerpo, del hombre que vino quién sabe por qué motivo y quiso hacer mi retrato, parece que mi cara le dio la inspiración de las vírgenes y tatuó mi alma.

Amaneció. Al despertarme, varias lágrimas cayeron de mi cara; me faltaba algo, como si un familiar querido se hubiera marchado lejos, o como si hubiera perdido un objeto de mi preferencia. Tenía un compromiso que cumplir, le había empeñado mi palabra a María Magdalena, le dije que haría en el techo de mi cuarto un gran orificio para que la luz penetrara en el Laberinto. Salí a conseguir todo lo que necesitaba, contraté los albañiles y a la mañana siguiente comenzaron el trabajo. Diseñé un hueco en forma de Universo en el techo, y otro igual en el piso de mi cuarto. Los hombres, que eran muy buenos trabajadores, terminaron el trabajo llegando la noche. No sabían María Magdalena y los suyos que al amanecer tendrían lo que tanto habían deseado: la luz del sol, para sembrar las plantas y alimentar la piel con el calor natural que Dios hizo para ellos, hombres hechos en el principio para vivir en el Jardín del Edén, primera residencia de la humanidad, o Jardín del Paraíso, con un verde paisaje, lugar idílico, de gran fertilidad.

Yo también soy una pecadora, debí retroceder ante los deseos y súplicas de María Magdalena y de los suyos; pero soy *humana, demasiado humana*, para negarme a ayudar a alguien; y para mí la luz del sol lo es todo: ¿cómo podría negársela?

Estoy bastante agotada de tanto trabajo, he recogido polvo y tirado agua sin miseria; también me bañé, ahora me siento el cuerpo limpio y mi cabello transmite a estas cuatro paredes, el olor suave, la ternura del cabello límpido de una mujer virgen. Me voy a acostar... Ah, se me olvidaba que tengo que tomarme la píldora y apagué la luz del comedor; no importa, me levantaré, es por una necesidad o de lo contrario la hipófisis puede molestarse conmigo, tengo que cuidarme. Mis niveles de prolactina están muy

altos últimamente, y según los médicos solo la bromocriptina puede controlarlos, y ayudarme a vencer el adenoma hipofisiario. Pero la bromocriptina me provoca unos incesantes delirios... ¡Qué fría está el agua!, parecen agujitas en la boca, si uno no tiene cuidado puede cortarse con los cristales finos del hielo.

Apagué la luz y regresé a mi cuarto, me acosté y sentí rumores, como un aleteo de pájaros en el piso, o como un movimiento de telas con el aire. No quise mirar. Estaba segura de que con mi luz apagada podría divisar lo que pasaba en la alcoba del Laberinto. Mi piel se erizó. No cedí a las intenciones del alma, me viré de espaldas mirando hacia la pared; prefería ser una solitaria, a una mujer que se dedicaba a observar la ópera de los amantes del aposento de ese túnel.

Vi en la pared muchos astros dando giros, y encima de ellos, hombres con formas de demonios que tenían expresión de angustia y manchaban mi pared de diversos colores brillantes. Presentí que me querían engañar, cambiar mi ideoestética acerca de la pintura. Cerré los ojos y vi un espejo, en él se reflejaba una cena, doce hombres bebían vino, escuchaban a uno de lenguaje sabio que hablaba en parábolas, observé hasta que el hombre dijo algo parecido a esto: “Antes que el gallo cante tres veces, uno de ustedes me negará”.

Me entristeció saber que aquel hombre que lucía adorable, como un hermano de todos, pudiera ser traicionado; abrí los ojos porque mis lágrimas tenían que escapar por algún sitio. Nuevamente escuché murmullos y risas que venían del Laberinto, me quedé mirando para arriba y sentí vergüenza de mi desnudez. Puse los pies en la alfombra y prendí la luz. Me puse la bata de dormir, pero no podía conciliar el sueño. Los ojos, mezcla de mar, río y partículas de piedra, me tenían enganchada. Pensaba en esa visión y no sabía los motivos. No era un hombre real. Estoy consciente de que lo vi, después me tomé la píldora y comenzaron las alucinaciones. Lo de mi retrato debe ser la fuerza de la energía, que los astros ofrecen sobre nosotros los humanos, y se hizo... ¿quién sabe cómo?

Me levanté y me senté frente a la tela que tenía preparada hacía unos días; tomé el pincel y, trazo a trazo, sus ojos, la sonrisa y ese pecho de hombre fue tomando vida, terminé el cuadro y lo coloqué en mi cuarto. Sonreí alegremente, me paré frente al espejo y vi que mis ojos brillaban, las mejillas tenían un color rosado, mezcla de rubor y complacencia. Tuve ganas de apretar el cuadro junto a mí; pero sabía que el reguero de pintura sería grande, aún estaba húmedo. Sentí deseos de tener sexo con aquel hombre fuerte, de cabellos claros, de ojos mezclados con el mar, el río y partículas de piedra. A pesar de todos mis desencuentros con el fragor, yo quería mantenerme virgen hasta el matrimonio, hasta ahora ninguno de mis novios pudo darme más que besos, siempre escapé de ellos y cuando alguno estaba acercándose mucho y la presión subía, yo con mi estrategia de virgen con el fusil al hombro terminaba la guerra y me retiraba a tiempo. Ahora no es el hombre que me invita o trata de tocarme los senos: soy yo la que quiero hacerlo real, conocer el paraíso, volar juntos si se pudiera, y eso no me convierte en una bruja porque hasta ahora mi ideal ha sido el de ser una virgen.

Me acosté y apreté fuerte la almohada. Por primera vez quise estar acompañada en mi cama. Mis manos volaron ligeras hasta mis senos, los toqué y sentí que no eran mis

manos sino las del hombre que pinté en el cuadro; movía los dedos levemente sobre mis pezones. Un calambre nunca antes sentido se adueñó de mi cuerpo; el deleite era indescriptible: como por arte de sortilegio mis manos bajaron hasta el pubis, pero realmente no eran las mías sino las suyas, del hombre fuerte, de cabellos claros, de ojos mezclados con el mar, el río y partículas de piedra. Manos intrépidas, bizarras, osadas; fueron concentrando su calor y dirigiendo el mío, hasta que mi garganta comenzó a temblar y mi boca a decir cosas que nunca antes había dicho; por momentos mis oídos no se acostumbraban a tanto ánimo, mas luego tenían que ceder, la boca tenía más fuerza y la balanza se tambaleaba hacia el gusto. Las manos voluptuosas estaban allí, seguras de dirigir mi cuerpo, los ojos verdeazules brillaban y yo sentí que mi cuerpo giraba como los astros en la pared; pero no eran los demonios encima de mí: era él, y ahora parecía que el mundo se me iba cuando, de momento, como un silbido rápido, concebí el placer más grande *que ojos humanos hayan visto*: ni Hernán Cortes, ni Cristóbal Colón, ni Cabeza de Vaca, ni Bernal Díaz del Castillo, podrían narrar cuanto vi y experimenté en breves minutos: descubrí más que América, me descubrí a mí misma, gracias al pintor que me hizo el retrato; él, que para mí existió, y lo mantendré vivo en cada amanecer y por encima de todo en cada noche. Aunque realmente no estuviera en mi cama.

Por la mañana escuché voces de júbilo y por momentos pensé que mi casa se estremecía, estaba segura de que eran las gentes del Laberinto: cuando vieron que el sol ya no les resultaba un sueño lejano, hicieron cantos y fiestas. Yo me alegré por ellos y aún así no me permití mirar hacia abajo. He detestado siempre las obscenidades, ¿por qué tendría yo que ver a cada uno de ellos desfilando ante de mis ojos, haciendo el amor? ¿Quién sabe todo lo que pasará allá abajo? Preferí no imaginar nada: mi imaginación es fructífera.

A partir de ese día comencé a sentir que nunca me encontraba sola, por lo menos las voces se sentían tenuemente. No invité nunca más a ningún amigo a mi casa; mi introspección fue aumentando, al menos es lo que decían todos los de la farándula, los asiduos a las tertulias y a las exposiciones de pintura, esos que se creen los muy cultos y tiemplan en cualquier sitio, o viven con la abrazadera, porque los escritores tienen tremenda manía de estar echándole el brazo por encima a todo el mundo, como si fueran sus padres. Hay que tener cuidado con sus dedos, porque los dejan correr y... ras, te tocan con el disimulo. ¡A mí sí que no! Quién dice que ser artista es ser el padre de todo lo que vuela, camina y salta, o recostarse a los demás como si fueran almohadas. ¡No, señor!

María Magdalena tocó en la puerta interior, la que daba a mi cuarto. ¿Qué querrán ahora?, me pregunté. ¿A esta gente no le basta el sacrificio que estoy haciendo por complacerlos? Al abrir la puerta vi que era la Embajadora de la Buena Voluntad, es lo que se puede llamar también la Matrona del Laberinto.

—Buenos días, ¿cómo está la afamada Maura Loyola? —me dijo sonriente, con un tono apenas irónico.

—Bien, ¿y ustedes? —le contesté.

—No podía dejar de darte el agradecimiento, en nombre de todos los que vivimos

allá abajo: esa luz es una bendición, todo el mundo se ve alegre, con excepción de Dionisio, que hace unos días se encuentra triste. Y lo siento tanto, imagínate, era el masajista más perfecto de nuestro mundo subterráneo: todas las mujeres solicitaban su tratamiento especial contra el estrés, y ahora se ha negado a tener trato con todo el mundo; ha pedido que nadie lo moleste.

A mí no me interesaba el tema, pero le respondí:

—¿Y no querrá salir de allí?

—¡No puede! Le daré tiempo. Me preocupa que quiera regresar al mundo exterior, y si lo pide tengo que dejarlo marchar, porque todos somos seres libres aunque exista esa ley tan terrible que inventamos nosotros mismos. Él trata de librarse de la unidad titánica, o representación del mal, propio de su naturaleza, y busca preservar lo dionisiaco, o divino, naturaleza de su ser. Se le ve solo. Me dijo: “El triunfo del elemento dionisiaco se puede alcanzar persiguiendo los ritos órficos de purificación y ascetismo”. Según la religión que él sigue, a través de una larga serie de reencarnaciones los seres humanos se preparan para la vida después de la muerte. Si han vivido en el mal, serán castigados, pero si han vivido en la santidad, después de su muerte sus almas se liberarán completamente de los elementos titánicos y se reunirán con la divinidad.

María Magdalena me contó feliz esa historia; pero yo, que no puedo quedarme callada, le dije:

—Parece que Dionisio ha reflexionado mucho sobre ustedes y tiene sus dudas. Quizá comprende que siente placer en su entrega; pero tiene miedo del futuro.

—A Dionisio siempre le ha gustado beber buenos vinos; y todo lo que tiene que ver con la vegetación. Dice que experimenta placer enseñando a los hombres cómo cultivar la vid y cómo hacer vino. Es bueno y amable con quienes le siguen las ideas, pero es capaz de llevar a la locura a quienes lo repudian a él o a los rituales orgiásticos de su culto. Dice que él puede morir cada invierno, y renacer en la primavera.

—Entonces lo que le sucede, sin dudas, es que su aspiración es el ambiente exterior, la tierra vista desde arriba, los árboles y frutos –le dije, en un intento por tentarla con la vida normal que llevamos todos. Ella, sin embargo, persistió:

—Para sus adeptos, este renacimiento inmutable, acompañado de la renovación estacional de los frutos de la tierra, encarna la promesa de la resurrección de los muertos... ¿No será que él desea subir al mundo exterior y luego regresar para siempre?

—No sé, María Magdalena. Mi mente está muy perturbada para saber por qué un único hombre se encuentra triste en ese hueco, cuando lo que hacen es aprender el poder para ser felices, según tú. Eso me hace pensar en las Grandes Dionisiacas, una fiesta que tenía lugar en Atenas durante cinco días de cada primavera. Para esta celebración los grandes dramaturgos griegos Esquilo, Sófocles y Eurípides escribieron sus magníficas tragedias. Después del siglo V a.c. Dionisio fue conocido por los griegos como Baco. Puede ser que este Dionisio se lo ha tomado muy en serio, y quiere imitar al otro de la antigüedad. ¿Estará loco?

—Maura, ¿tú no comprendes que muchas mujeres del Laberinto pueden entristecer sin las caricias de Dionisio? Él es el placer mismo. El goce en persona. Cuando besa, las mujeres enloquecen; y cuando las lleva a la cama, se pasan varios días contentas y de

buen humor. ¡Es un tipo durísimo!

Yo me sonrojé. No acostumbraba a hablar de esos temas con nadie, a fin de cuentas soy una mujer virgen, y me avergüenzo de hablar de eso ante los demás. Le dije a María Magdalena:

—Discúlpame, pero debo marcharme. Si necesitas algo más me llamas, mientras no sea nada que me afecte a mí, ni a mi pudor. Siempre estás con tus locuras. Caramba, que te pasas el tiempo hablando de lo ricos que son los hombres, ¿es que no puedes hablar de su inteligencia, de su poder para trabajar o subsistir? Ven luego, que ahora yo tengo que ir a la Galería Ryndall, tengo un contrato con ellos para una exposición futura.

Caminé varias cuerdas. En todos los hombres que veía buscaba los ojos especiales de aquel tipo irreal. Yo tenía mal humor y para olvidar un poco me senté a las orillas del mayor lago de la ciudad. Saqué los marcos, las telas y los pinceles, y sin percatarme comencé a pintar a un hombre parado dentro de las aguas del lago, con la espalda desnuda; sus ojos reflejaban una mirada lejana. Concluí aquel cuadro, y pinté otro, y antes del crepúsculo el tercero estaba listo: el modelo era un hombre con cara de ángel, pero músculos fuertes. Vivía en mi mente; no necesitaba que posara para mí. Estaba vivo. Recogí todo y me fui para mi casa. Cuando llegué, las ansias de pintar no se me habían quitado; tomé el pincel, el modelo de mis gustos apareció rodeando de doce hombres, sentados alrededor de una mesa: él levantaba dos dedos de la mano, un rizo dorado en el centro de la frente iluminaba su cara. Firmé el cuadro. Lo titulé: *La cena*. No pude pintar ningún cuadro con vírgenes.